

Benjamin Vicuña Mackenna

UNA

PEREGRINACION

A través de las calles de la ciudad de Santiago

GUILLERMO E. MIRANDA

EDITOR

SANTIAGO, AHUMADA 51

—
1902

UNA PEREGRINACION



I. Cuando el «magnífico señor» (que así y con razón sus contemporáneos le llamaron) don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, llegó, por la Pascua de Natividad del año del Señor de 1540, a la ribera norte del Mapocho y vadeó su cauce, a la sazón crecido con las nieves, y ascendió aferrado a su arzon de guerra el áspero morro de basalto, grandioso divisadero de la estensa comarca vecina que se dilataba a sus piés y cuyos pobladores adoraban como un altar, con el nombre de *Huelén*, echó de ver que la planta de la futura ciudad elejida de antemano por él y consagrada ya por su guerrera hueste al apóstol de las batallas, tenía la forma de una isla.

II. Formaba la última, que por esos días verdeaba como un oasis de maizales entre dos áridos desiertos,—el desierto de Colina y el de-

sierto de Maipo,—un río dividido en dos brazos, verdaderos torrentes de montaña, al uno de los cuales los conquistadores conservaron su nombre indijena y al otro pusieronle por su hondura la *Cañada*. A un tercer cauce de inferior arranque llamaronle la *Cañadilla* y al peñon del *Huelén*, que desde la cabecera oriental de aquel plano dulcemente inclinado repartía a la manera de un juez de piedra, el movimiento y distribución de aquellas aguas, pusieronle por lo deleitoso y amplio de su panorama el nombre de la santa abogada de la vista, que los palermitanos, sus compatriotas, representan todavía con sus dos ojos en un plato, el nombre de Santa Lucía, abogada de Palermo y la Sicilia, que ha dejado también su nombre a las altas colinas de aquella ciudad, como lo ha dejado a Nápoles y a la Serena, esta Nápoles en miniatura del Pacífico.

III. Existía ya en época tan remota el canal matriz que regaba el área de la isla, labrado hacia poco por ingenieros peruanos, jente exímia como los árabes en el arte de la irrigación, que se llama todavía «la acequia de ciudad,» y en cuya primera caída, aprovechando su natural desnivel, los rudos ingenieros castellanos instalaron su primer molino de pan en la Cañada, el molino de Rodrigo de Araya, hoy de Stüven. Y así, enderezadas a su curso todas las aguas, las del río como las de los canales y acequias del regadío iban

a juntarse en un bajío situado hácia el poniente, ondulación del terreno que los indios labradores del Mapocho denominaban Chuchunco, que quiere decir «abundancia de agua.» Lleva todavía ese paraje el nombre de «Chácara de la Laguna,» y solo la acequia del curaca o prefecto peruano Vitacura ha cambiado en esa direccion su histórico nombre por otro mucho menos poético que corresponde al color y a la composicion química de sus aguas, domesticadas en los caños de cal y ladrillos que atraviesan y recorren de banda a banda toda la ciudad y sus doce mil habitaciones de adobe y adobon, teja y ladrillo.

La acequia de ciudad llamada propiamente tal y que rebana por su base oriental el Santa Lucía, para seguir por la Cañada hácia Chuchunco, parece haber existido junto con la del Salto, antes de la invasion peruana y sus prolijidades.

Hasta la formacion del paseo de la Alameda en 1820 esa acequia corria en su cauce natural de rio por el centro de la Cañada en un solo cuerpo y entre selváticos sauces a cuya sombra los escuderos traian abeber y solazar los caballos de sus amos.

La acequia que hoi se llama de *Santo Domingo* que recorre la falda del San Cristóbal (que es tambien acequia de ciudad y conduce solo agua cristalina del Mapocho, sin mision de la turbia del Maipo) fué la que propiamente hizo labrar poco ántes de la entrada de los españoles el cruel

Vitacura, prefecto del Inca del Cuzco en la colonia peruana del Mapocho, empleando en la obra cinco mil yanaconas o esclavos chilenos, a quienes, cuentan los primitivos cronistas, hizo degollar en cierto día para hacer buena su amenaza de que si en una ocasión dada «no corría la acequia con agua, corría con sangre.»

IV. En razón de esa planta del terreno y del descenso natural de las aguas, alineáronse a cordel las primitivas calles de la ciudad de oriente a poniente, siguiendo su alarife (que era tuerto y llamábase Pedro de Gamboa) el camino del sol que todavía la ilumina y la calienta como si fuera un celeste reverbero pagado por el vecindario. Y si bien era esa la disposición mas hijénica porque creaba dos categorías de salud y de domicilio determinadas por la sombra y por la resolana, era por lo ménos la misma que habían tenido las melgas de los maizales aboríjenes que ahora cambiaban sus hileras en aceras y sus choclos en adobes. Ni qué mas podía hacer un director de obras públicas que era tuerto y cuyo salario se pagaba por el cabildo en *chuchoca*?

V. Al principio, como era natural y acontece hoy día en los pueblos de nueva planta y creación, no tuvieron esas calles así alineadas nombres, llamándolas la muchedumbre solo por los de sus principales pobladores; y así el venerable libro-

becerro de la ciudad cristiana en que se inscribieron los primeros títulos de sus solares solo menciona a aquellos para repartirlos de esta ambigua manera: «la calle del capitan don fulano» o «la calle que va de la casa del vecino tal a la del vecino cual;» y de aquí probablemente vino que nuestros mayores y nosotros sus nietos de la undécima jeneracion (que es lo que año por año y prole por prole corresponde a la conquista), empleamos todavía para dar las seña de la casa tal, una retahila que suele durar varios minutos expresando que, la casa de tál es la que está a la acera de la derecha en frente de tal otra casa, en el costado del sol (o de la sombra), cerca de la esquina, o al torcer la esquina del otre o de aquel bodegon para arribita o para abajo, para la Cañada o para el rio»... Tan solo la jente extranjera ha incurrido en la lacónica manía de dar las señas por números, como si la mui noble, mui leal y mui ilustre y antes mui ociosa ciudad de Santiago del Nuevo-Estremo fuera solo una tabla pitagórica.

VI. Trazada de esta manera la planta de la ciudad por líneas de acequias y de aceras, que fueron durante mas de dos siglos de suelto polvo o ásperos guijarros, estraidos a lomo de burro del Mapocho cual hoi lo son de baldosas del San Cristóbal, de asfalto del Val de Travers o de mármol de Carrara y granito de Escocia, proponé-

mosnos seguir su moderno itinerario a través del dédalo antiguo, si mas no sea para solaz de los hijiéricos o curiosos caminantes en estas espléndidas mañanas de noviembre en que, quitado por la jentil mano de la primavera su funda de percala al fanal luminoso del dia llega en pos del hielo el implacable verano con su plumero de tibios céfiros incitando a la siesta.

VII. Dijimos ya que la descuidada niñez de la ciudad, cuando ántes de su mayor edad legal paseábanse las cabras por los techos de las casas y dábanse los vecinos sendos palos entre sí a causa de los daños que en las tejas y en los huertos hacian aquellos lindos pero dañinos cuadrúpedos, las calles no tenian sino apelativos de préstamo, que la muerte y las testamentarías iban cambiando. Eran esos nombres casi profanos porque si tenian el agua de sus acequias, trocadas en interminables pantanos, faltábales el óleo de la crismera cristiana que la piedad de los fieles y la afluencia de los monjes, que de todas partes llegaban en tropel, derramó poco a poco en todas sus fangosas avenidas. Y a este propósito no será fuera de lugar ni de ocasion recordar que ápenas hace de ello un siglo la jente menuda de Santiago solia usar zancos, como los de las *landas* de Francia, para atravesar de una banda a otra la Cañada, y todavía ménos tiempo hace desde que los que iban en solicitud de la pesada

calesa de la eucaristía del curato de Santa Ana para algun moribundo, tenían buen cuidado de proveerse de sólido *pehual* para sacar el sagrado vehículo de los charcos cenagosos que rodeaban a aquel templo y parroquia de extrámuros y de extrabarrros.

VIII. Mas desde que la ciudad del apóstol, que comenzó su vida relijiosa con una catedral de totora y hoi encierra en su recinto ochenta y seis templos, cual si fuera Roma, recibió la primera tonsura, todos los santos del almanaque descendieron como en una nube, y por bautizo le dejaron sus nombres con sus conventos y sus tumbas, sus monasterios-sepulcros y sus altares resplandecientes de oro y de incienso.

Y de esto procedió que la primera jenealogía de Santiago fué la del cielo, resultando que todos sus primeros habitantes, fueron mas o ménos parientes con los santos y las santas,—Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, San Pablo, San Lázaro, San Francisco de Borja, San Diego, (que de estos hubo dos), San Saturnino que ya no existe en su antiguo sitio al pié del Santa Lucía, etc. Y para no hacer desaire a las santas ni a los ánjeles, Santa Rosa, Santa Teresa, (hoi Cármén Alto), Santa Ana, Santa Clara y mas tarde nuestra Señora de la Estampa Volada que hoi se llama solo «la Estampa,» porque en el sitio donde quedó el papel con la estampa de la vírjen,

enredada a manera de volantín, entre las ramas de un espino, allí se acabó el volido y el milagro.

IX: En pos de los nombres cristianos vinieron los civiles, mas no así revueltos como hoi, cual si fueran boletines electorales o urna de doble fondo, y estos son los que propiamente nos proponemos aquí descifrar mas o ménos, comenzando nuestra escurcion por el oriente, que es precisamente donde habitamos, haciendo en esta parte cintura (Avenida del Oriente) a los dos grandes alarifes primitivos de la ciudad del mui magnífico señor don Pedro de Valdivia,—el *Mapocho*, que quiere decir comarca de mucha jente, y el *Huelén* que significaba simplemente dolor y presentimiento.

¿Fué acaso por esto que su último cacique se llamara fatal y proféticamente *Huelén—huala* —«ave del dolor?»

Los arcabuces españoles se encargarian, por lo demas, de dejar cumplido el lúgubre vaticinio.

X. Y ahora proseguiremos.

La espaciosa avenida de una de cuyas raras semi-campestres mansiones emprendemos en esta alborada nuestro vuelo a la manera de la estampa milagrosa de 1804, corta por su centro de sur a norte una amena planicie que los caciques irrigaron y en seguida los castellanos plan-

taron de vides y de almendros, de olivos y de higueras.

Llamóse primitivamente esa verde llanura ubicada a manera de oasis entre el pedregal del Mapocho y las áridas barrancas del Zanjón de la Aguada, el «valle de *Apasa*,» y hallábase éste habitado en los días de la fundación de la ciudad española por una tribu de hábiles indios alfareros.

Hasta hoy mismo, al pie de las seculares higueras y esbeltos nogales a cuya grata sombra matinales escribimos, encuéntranse fragmentos de ollas, cántaros artísticamente dibujados con colores, lebrillos labrados con la greda de Nuñoa, ribal en los tiempos del Inca y de sus artífices de la de Talagante que todavía provee muchas cocinas en abierta competencia indígena con San Pedro y Rosse Innes. Llamaron los conquistadores por esto aquel apartado barrio *La Ollería*, y en consecuencia los guisos de la antigua y sabrosa cocina santiaguina, antes de la invasión francesa, especialmente los frejoles, el charquican y el pastel de maíz de los chacareros de la isla del Mapocho, cuyo centro ocupa hoy la Plaza de Armas, fueron saboreados por nuestros abuelos en las *fuentes de barro* del valle de Apasa y sus artífices.

Y cuando el caldo de las uvas vino haciendo su camino desde la vid al lagar y desde los estómagos a los cerebros, fuerza fué a la lagrimilla

pasar ántes por esas enormes tinajas de greda que véñse todavía esparcidas en los patios de las antiguas chácaras regadas por el agua clara del Mapocho desde *las* (los) *Condes* a lo *Coo* (*Caur*) y desde Vitacura a la Providencia.

El último fabricante por mayor de esas enormes cubas babilónicas en el barrio de la *Ollería* fué un caballero llamado Jofré, y por esto ha quedado su nombre a la calle ancha que todavía lo lleva—*la calle de Jofré*, que bien pudo llamarse la *calle de las tinajas*, porque orijináriamente cada casa era allí uno de esos tiestos y de su arquitectura quedan algunas todavía como tipos.

XI. La calle o callejon de la *Ollería*, que hoi tiene sus veleidades de avenida, tomó renombre con la gran casa de ejercicios que en unas de sus aceras edificó a sus espensas en la segunda mitad del pasado siglo el alcabalero mayor don Juan Antonio de Araos, opulento vecino, natural de Oñate en Vizcaya. Tuvo este señorón un hijo jesuita, y para que entrara con rango a la órden de San Ignacio edificó una manzana cuadrada de magníficos claustros que hasta el presente se conservan en pié habitados por valerosa pero no siempre cristiana soldadesca.

Fué aquel edificio en su época, con su lujosa capilla sombreada por graves cipreses que aun la entristecen prestándole aires de sepulcro, un verdadero palacio veraniego de los jesuitas, a la

sombra de cuyos amenos jardines solian recrearse los presidentes de Chile como Gonzaga, que entró allí mundano y salió ejercitante y beatificado.

La *Ollería* como las Tejerías (*Tuileries*) de Paris, habia alcanzado de esa suerte el auge de su grandeza monástica cuando sobrevino la espulsion de sus fundadores hace ya de esto no menos de 117 años.

XII. Convertida por la herética y atropelladora independendencia la antigua Ollería en cuartel trocóse en seguida en Maestranza, y de este nombre procede el que hoy conserva.

Pero fué todavía una cogulla la que presidió en sus labores, siendo el famoso fraile Beltran el superintendente que cambió la olla en cañon y el barrio de las tinajas en el *barrio de las balas*, frase apropiada que usamos sin pedir licencia porque de estas no pocas disparan todavía sobre nuestras cabezas los tiradores al blanco que en su cercado se ejercitan.....

XIII. Es digno de ser recordado aquí un dato histórico recientemente descubierto y exhibido en Buenos Aires (1884) por el jeneral don Jerónimo Espejo que en la víspera de Maipo era oficial de pluma de la secretaría del jeneral San Martin. Cuenta en efecto aquel soldado, hoy mas que octojenario, que llamado el fraile Beltran a

una azorada junta de palacio en la que llegó a desesperarse de la patria despues de Cancha Rayada, el jeneralísimo rodeado de todos sus lugartenientes militares y políticos preguntó al monje con su peculiar viveza, que finjia el atolondramiento y ocultaba el jenio bajo el timbre de la voz.

—Beltran ¿cómo estamos de municiones?

Y el intelijente fraile, que como el de Friburgo, cuya estatua hemos visto, y que habria descubierto la pólvora, si el último no se le hubiese anticipado, alzando sus dos brazos al cielo y mirando la alta techumbre de la sala, en que se hallaba reunido el consejo, contestó sin vacilar.

—Hasta el techo, mi jeneral!

Y aquel ademan y aquella frase—«hasta el techo» salvaron en tan solemne ocasion a Chile porque uno y otro nos dieron a Maipo, y su cúspide de gloria.

Entre aquel dia y el de Cancha Rayada, Santiago no fué una ciudad, fue una colmena, una fragua, un yunque, una alma de fuego forjada a martillazos.

El esforzado fraile, Vulcano de aquellas guerra de los Dioses, desparramó una mañana por las calles de la ciudad un batallon de recojedores, y cuando se tocó retreta, los soldados dispersos penetraron en los claustros de la Maestranza, arriando tres mil obreros voluntarios, ancianos, nobles, plebeyos, vírjenés, matronas, jóvenes

madres que torcian los cartuchos teniendo colgados de sus senos a los hijos a quienes iban a legar una partia. Nunca fué Santiago mas grande que al ceñirse la coraza de Maipo.

El patriotismo de los chilenos como la pólvora de Beltran llegó «hasta el techo» es decir hasta el empíreo!....

XIV. El callejon de la Maestranza, en el cual hace pocos años era excelente negocio mantener uncidas varias yuntas de bueyes destinadas a sacar a destajo los coches y las carretas pegadas en los pantanos, remataba en otros dos callejones uno de los cuales iba hácia el oriente,—el callejon de Ñuñoa, que luego será prolongadísima calle, la «calle larga de Santiago» y el otro el de la higuera del Traro, que hoy no da ya sombra ni siquiera higos, quedándole por síncope solo la última denominacion y en el hueco de sus tapias de adobon sus cruces expiatorias de asesinos a mansalva, aves de rapiña de todos nuestros *callejones* desde el de Padura al de Carrion.

Esto por el rumbo que mira a la cordillera y a sus faldeos meridionales convertidos hoy dia en verjeles.

Mas revolviendo en nuestra escursion hácia la ciudad por el rumbo opuesto, la antigua vía de las tinajas, que en carretas y en árguenas paseaban por la ciudad los alfareros de Apasa, iba a estrellarse por aquella vía en el muro de los Ta-

jamares que en 1792 construyó con un impuesto sobre la yerba mate, es decir, sobre la boca de las viejas, el presidente O'Higgins y su arquitecto el ilustre Toesca, que allí trabajó como albañil y como jenio a razon de 80 centavos diario (25 pesos al mes), lo que hoi gana el mas triste gañan que pisa barro... Y como ahí, paralelo a los ladrillos existia plantada de antiguo, a la orilla de la acequia de ciudad, una hilera de frondosos sauces, hízose en aquel lugar y mientras crecian los álamos de la *Cañada* plantados por los prisioneros de Maipo, el paseo público de la ciudad, en los dias de la independendia y de las calesas.

XV. No existia entónces una sola casa entre la plaza de Bello y la quinta de Alcalde, situada en la cabecera setentrional del valle de Apasa, y a aquel paraje abierto, poblados sus costados de sauces de Castilla y de ladrillos enclavados en sus muros, iban las buenas señoras de Santiago desde sus casas de mojinetes, mas empinados que sus moños, en pesadas calesas que se colocaban en hileras, alineándose por las orejas de sus mulas, y las escarapelas de sus conductores de azabache, los *lachos* en sus caballos mas briosos y los mozos alegres a pié enjuta en demanda los unos y los otros de las *ramadas*, que paralelas a las aguas ee Vitacura vaciaban sus tinajas de *gloriado* en las gargantas de los vullicioso concurrentes, oprimidas por el polvo del zapateo.

Fueron aquellos los días de cielo de las petorquinas y de sus predecesoras...

Llamábase aquel libertinoso paraje el *Paseo de la Pirámide*, y una tableta negra conserva todavía esa leyenda como si estuviera escrita en un fragmento de ataúd para recordar las ilusiones perdidas y las hojas descuajadas del árbol de los recuerdos... (1)

En nuestra niñez oímos contar a un caballero (don F. del S.) nacido en 1797, que el mayor placer de la juventud de su tiempo, allá por los

(1) El Paseo de la Pirámide o Alameda de Sauces del presidente Obando media 300 toesas desde el pié del Santa Lucía hasta el pirámide de los Tajamares de Ortiz de Rosas, edificados en 1748 y que treinta y cinco años mas tarde derribó la avenida grande de 1783.

Esa pirámide de cal y piedra existe todavía en pié entre las ruinas que la rodean, y no debe confundirse con la elegante pirámide de ladrillo que un kilómetro mas al naciente, hizo construir en el remate de sus tajamares el presidente O'Higgins en 1792.

A lo largo de la que es hoi calle de San Pablo y calle del *Ojoseco*, el presidente Jáuregui hizo construir tambien una tercera alameda de sauces que se llevó la terrible *avenida grande* de 1783.

El Mapocho, ^{cuando no estaba todavía} cuando no estaba todavía domado, como Arauco, fué el mas terrible enemigo de la ciudad; y a este propósito el presidente interino don Cristóbal de la Cerda refiere al rei en sus cartas inéditas, que en una de sus *riadas* quedó la Cañada y sus calles ayacentes hasta la plaza, sembradas de piedras «del tamaño del cuerpo de un hombre.»

años de la Expedición Libertadora del Perú, era ofrecer la mano a las pintadas damiselas que atravesaban la acequia de ciudad sobre frágiles maderos, y de repeten ¡tulundrun! al agua iban las risueñas parejas veraniegas emparentadas con la *challa*... Y hoy que una sola gota de rocío caida del cielo o del labio sobre el albo guante de una dama la haría temblar de espanto dando eterno habladero y «comento a la ciudad!»...

XVI. Fué también aquel campo de devaneos y de peligrosas citas, verdadera Puerta del Sol de la antigua Santiago, la cancha de «pecha» y de carrera de los mozos santiaguinos, cuyos padres y abuelos tuvieron por único ejercicio hípico el de la *vara*. Sabido es que quien sacaba más caballos y jinetes de ella, era el que terciaba más prez bajo sus arreos. El gentil pincel del bávaro Rugendas nos ha legado algunos de estos históricos tipos, y especialmente el de un jinete alemán (don J. H.), que no salió siempre bien librado entre las pandillas de caballeros lachos de avío redondo, sombrero de jipi-japa y rodaja de piedra de molino. El más afamado de ellos, fué más tarde senador de la República.

XVII. Por lo demás, los paseos y «remoliendas» del valle de Apasa, que recordaba por su nombre y sus ricos viñedos y abundosos lagares el de Azapa en el Perú, duraban hasta ocho días «sin

orearse;» y la casa de campo, que por lo mismo se llamó «Quinta Alegre» dando título a un condado, sirvió mas de una vez de centro al loco placer antiguo que la etiqueta vestida hoy de frac y la cultura hilvanada en sus mas recónditos pliegues con la aguja sutil de la hipocresía, han borrado casi del todo de las clásicas costumbres de antaño. Fué aquel el tiempo que nuestras abuelas llamaban de *los argentinos*, porque fueron los brillantes compañeros de San Martín los que allí triunfaron..... Nuestros salones tuvieron también su Chacabuco.

XVIII. Con el crecimiento de los tiempos y la multiplicación de las jentes que estrechando las viviendas hacen dilatarse también el terreno i el espacio, a medida que el hacha derribaba los sauces en el borde de la ancha acequia del *Paseo de la Pirámide*, el adobe comenzó a sustituir a la quincha, exactamente como las vigas de canelo del Mapocho adentro, eran reemplazadas por el álamo traído de Milan i de Mendoza.

Formóse así por sí sola la calle o callejuela que hoy se llama de Bueras, los vuelcos de cuya abundosa acequia remedan a lo vivo algunos de los estrechos canales de Amiens y de Venecia. La calle veneciana de Bueras mide apenas 200 metros de longitud y alberga solo unas treinta casas, siendo una de éstas las del «Pan de la Jente» que

fué de don Antonio Silva, pero no de *Aquí está Silva*.

Por su ubicacion urbana, ese romántico i estrecho sendero pertenece al barrio de ultra Santa Lucía, en el cual, por el cuento de una vieja i la credulidad de un fraile (el padre Guzman) comenzaron a llamar desde hace medio siglo «casa de don Pedro Valdivia,» un derruido bodegon de esquina, cuando es notorio que aquel suntuoso capitan no habia jamas vivido, sino en la plaza de armas, cual incumbia a su deber, a su orgullo y a su alto puesto.

¿Y será talvez, por esta impostura consagrada en una iglesia y en un retrato (que a su vez es otro embeleco), que aquel cuartel de la ciudad, como todas las mentiras santiaguinas, acaba en punta, entre los arranques de la Alameda y los de los Tajamares?

XIX. Dijimos antes que en esa seccion singular y por lo mismo pintoresca de la ciudad no habian casas sino paseos, el paseo del *Santa Lucía* que era ejercicio y panorama de a pié entre áridos peñascos, el de la *Pirámide* que era paseo de calesas y el paseo de los *Tajamares* que estuvo de moda junto con el desabrigoado *Puente de Palo* entre la jente aristócrata y elegante en dos o tres ocasiones, especialmente desde 1840 a 1850.

Y por el primero de aquellos años ocurrió allí, en su muralla un lance hípico que a causa de su

originalidad merece ser recordado en esta escursión callejera; el cual según vamos a contarle aconteció.

XX. Pasaba en esos años por el primer jinete de Chile el comandante de húsares don Pedro Soto Aguilar, jefe de la escolta de los presidentes, hombre de poca talla pero compartido y trabajado como a cincel para el lomo de una airosa bestia.

Para los días que en aquellos tiempos eran de gala montaba el húsar un caballo pujante «color tórtola» (que así *el tórtola*, se llamaba) de la famosa cria de los Martínez Jara de Paine, obsequio de otro jinete, aquel don Lorenzo Jara, que caballero «a la chilena» en una montaña de bien recortados pellones, lazo al pehual y chifles al costado, pretal de plata al pecho y cabezadas de bien tejido cuero, rodaja de fierro a los tobillos y estribos del tamaño de una catedral, paseóse más de una vez entre los maravillados parisienses en el Bosque de Bolonia, retando a la «pecha.»

Y aconteció que habiéndose aparecido por esos días, cuando el presidente Búlnes, recién electo, entregaba la caballada de los húsares, que por su talla y otros motivos le fueron antipáticos, a sus favoritos Granaderos, sucedió decíamos que vino a Santiago un aventurero, griego de nacionalidad, mozo rubio, bien apersonado, de trato jentil i adicto, como los antiguos centauros de su suelo,

a los caballos. Su nombre griego, por griego se ha olvidado.

XXI. Dé su presencia y de su fama en el arte hípico sobrevino en consecuencia el peregrino desafío a que hemos aludido y que se verificó en una mañana de verano bajo las siguientes condiciones:

La cancha de carrera sería el piso empedrado de la muralla de los tajamares, cuya anchura no pasa de 1.30 centímetros.

La distancia, dos cuabras.

La carrera, alternativa, es decir, una en pos de otra sentando los jinetes sus caballos en la meta y haciéndolos jirar sobre la marcha hácia el punto de arranque.

Orden de la partida, a la suerte:

Monto de la apuesta—un almuerzo en el café de Hévia, que a la sazón ocupaba el viejo palacio de los antiguos obispos de Santiago.

El vencedor comía.

El vencido pagaba.

Testigo i juez de la cancha sería el numeroso concurso de jinetes que allí espontáneamente se daría cita en el cotejo.

XXII. Puntuales los combatientes presentáronse al palenque en una fresca mañana, llevando cada cual su caballo de batalla por el diestro. Soto Aguilar en su «Tórtola» y el griego en un

brioso tordillo negro de cria purísima chilena, potro ágil i esbelto, pero de cuello levantado, tipo de los bridones que entónces los militares llamaban *pajareros*, y que pertenecía a la reputada cria de lo Cuevas, oriunda de Quilamuta y pastoreada para endurecer sus cascos en el pedregal del Cachapoal.

Era preciso rifar la partida, y una peseta antigua, de columnas (las columnas de Hércules), arrojada al aire favoreció al griego, quedando con la esfije de Cárlos III reluciendo al sol.—El jinete griego habia dicho *cara*, y el chileno *coluna*.

Así favorecido trepó el extranjero con gallardía los peldaños de piedra que desde la pila del Paseo de la pirámide daba acceso a los tajamares. (1) Y una vez arriba, al claro ruido de una enérgica palmada, partió el compatriota de Leonidas como un celaje en direccion al oriente por encima de la muralla.

En la carrera tuvo suerte, pero al rematar la alzada y fogosa bestia, no conociendo el jinete su índole, ni su boca, ni su freno triviñano, perdió el bruto su equilibrio, y sacando medio cuerpo del plomo de la muralla, caballo y caballero vinieron al suelo rodando desde una altura de dos metros, pero sin hacerse por ventura mayor daño.

(1) Esta pila existió hasta hace pocos años junto al punto de arranque de las calles de la Merced y de las de Monjitas y al confluir éstas con los Tajamares.

Los griegos desde Temístocles sabían caer de pié.

En ese mismo instante de angustia y de victoria, sonaba otra palmada y el «Tórtola,» como tórtola espantada por el ruido del cazador entre las ramas, partió veloz por encima del angosto muro, y al llegar al término, su esperto conductor, lejos de sujetarle de súbito la brida, poniendo a prueba la admirable docilidad a la rienda del caballo chileno, fuélo gradualmente sujetandolo sobre sus patas traseras que iban dejando en los guijarros un reguero de fuego...

Y cuando sintió las últimas sólidamente apoyadas bajo las corvas, torció rápidamente el obediente bruto, y quedó así mirando hácia el punto de partida en medio de las palmadas y los bravos de los vencedores.

De allí partieron todos al café y al almuerzo, y cuando a la postre de éste y de sus cordiales brindis vieron los comesaes acercarse al meson para pagar al perdidoso extranjero, que todavía se sacudia el polvo de su caída, no pudieron ménos de traer a la memoria aquel decidor refrán español que habla de los infelices maridos quienes despues de la afrenta llega el palo... (1)

(1) Refiríonos esta singular carrera, única talvez en Chile y copiada sobre las de Troya, el verídico caballero don Manuel Tomas Tocornal, que allí se halló como testigo presencial, y despues (julio de 1884) nos la ha confirmado en sus detalles el comandante don Carlos Valenzuela, a la sazón subteniente de húsares que asistió a la carrera, al porrazo y al almuerzo.

XXIII. Prosiguiendo ahora nuestro itinerario desde la boca de la Avenida del oriente del *Camino de Cintura*, que es propiamente por donde comienza la ciudad moderna, será de utilidad edil recordar que en toda esa banda de la poblacion no habia entradas ni salidas, porque allí estaban en no interrumpida línea, desde Apoquindo a Chuchunco, todas las quintas de los conquistadores con su frente de cuatro a cinco cuabras cada uno su fondo hasta el hondo Zanjón, afluente ocasional del Mapocho que se llamó de la *Aguada* porque allí los viajeros que atravesaban el desierto de Maipo, copia en miniatura del de Sahara, daban de beber a sus cansadas bestias.

En consecuencia las únicas salidas de la ciudad hácia el sur eran, comenzando por el oriente, el callejón de la Maestranza, en seguida al centro el antiguo *Camino del Inca* (hoi calle de San Diego) y el callejón de Padura (lugar de alava) o de Apoladura como otros decian por ser don Santiago de la Apoladura el que en aquellas vecindades vivia (1).

(1) Padura es efectivamente un nombre vizcaíno, y conocemos además de la aldea de Padura en la provincia de Alava, a Padura de Lozan que tiene solo nueve casas, Padura de Aborricaro y Padura de Arrigorriaga todas en Vizcaya, y de algunas de esas pobres aldeas viene a no dudar el Padura o Apoladura que abrió aquel camino, cuyo anticuado nombre, cambiósese en 1872 por el de *Avenida del Campo de Marte*.

Mencionaremos tambien que el Camino de Cintura, hoi resúmen de todas esas bocas de salida, data solo de 1872 y que si lleva ese nombre afrancesado es solo a falta de otro, porque en realidad las ciudades no tienen talle sino área.

Puestas como están hoi dia las medidas del sastrero y del traje la verdadera cintura de Santiago seria la Alameda y su magnífico broche de basalto el Santa Lucía.

XXIV. La primera de aquellas posesiones suburbanas en la seccion del oriente, era la del conquistador don Alvaro Bascañan, padre del autor del *Cautiverio feliz*, y de allí pasó por herencia materna a los Alcaldes de Quinta Alegre y de éstos por compra a los Cifuentes de Coquimbo, sus actuales dueños.

Seguia la heredad de los pobres, es decir el lote San Juan de Dios, despues la del santo de los pobres, San Francisco, mas allá la de los maestros de los pobres, los sagaces Jesuitas con su molino de pan de San Diego y su noviciado de San Borja; y todavía mas allá y mas acá la de varios caballeros particulares que tenian sus casas en la ciudad y sus quintas al otro lado de la Cañada, que era donde la ciudad se acababa yendo al sur. Sucesivamente esas calles fueron llamándose Ugarte (Duarte). Galvez, Nataniel; Vergara, Ovalle, hallándose esta última estancia de extramuros, hoi en parte tan central

que su primera calle abierta no hace todavía 40 años (la calle del *Dieziocho*) quedó frente a frente de la estatua ecuestre de San Martín. Y ocurrencia peregrina, con motivo de las mensuras a ojo y a la antigua de las distancias antiguas de Santiago, en cierta ocasión el caballero dueño de aquel predio que vivía en la calle de Santo Domingo, reconvino agriamente a digna hija suya que aun dichosamente existe, por haber tenido el atrevimiento de ir *a pie* de su casa a su quinta... ¿Habría querido el buen señor que su animosa niña hubiese ido a caballo como San Martín?

XXV. Puestas las casas y las tapias así en orden cerrado de batalla en la márjen sur de la Cañada, ese gran ingeniero que se llama el Tiempo, fué abriendo a retazos aquel gran cuartel de la ciudad que hace un siglo era un solo potrero de tapiales de cachos i adobones. (Véase el plano de Frazier (1715) y el de Molina 1785).

No ha habido entretanto ciudad de mas cuernos que Santiago, y de estos pueden dar fé los que recuerden todos los barrios y todas las tapias y tapiales de la Cañada abajo y arriba de San Miguel.

Por lo demas, quienes abrieron en el curso de los años esas calles meridionales al oriente de la *Cañada*, la calle del Carmen, la de San Isidro, la de Santa Rosa y la de San Francisco fueron los frailes que allí habian fundado.

Y quien abrió en realidad las calles del poniente de la misma *Cañada*, la de Galvez, la de Nataniel (1864), la de Duarte, la de San Ignacio (que es la mas larga de la ciudad, 4,000 metros), la del Dieziocho (1850), la de Castro, la de Vergara, la de Bascuñan Guerrero (1860), la de la Esposicion (1868), fué el rio Maipo, que se entró por ellas fertilizándolas y dando creciente valor a sus eriazos, que de potrerillos se trocaron en solares. La *Avenida del Ejército Libertador* (1872) es la hija primojénita del *Camino de Cintura*, que de ella anduvo en cinta apenas nueve meses, y es de no olvidar que cuando su artífice que aun no ha muerto, penetró por primera vez en sus pantanos y a fin de dar mejor las señas del atraso antiguo, es decir, del atraso de ayer, quedóse en ellos pegado con el barro hasta las cinchas del caballo y la paciencia.

XXVI. Hemos hecho antes mencion que el Maipo que llegó a los suburbios de Santiago por el año de 1827 y de ello hízose un refran «Ya llegó el agua a lo Mena,» los frailes habian sido los primeros ediles de los barrios meridionales de la ciudad: y así aconteció en efecto porque fué el bravío obispo Humanzoro, fraile dominico, pero de cuna vizcaina, quien dió a los padres Capachos (de la órden de San Juan de Dios) la licencia requerida para abrir la calle del Cármen y repartirla en sitios.

Tuvo esto lugar hace doscientos años (1675) y luego los mismos frailes, con su provincial Alonso de Huete a la cabeza, abrieron y vendieron nueve años mas tarde (1686) las calles de San Isidro y Santa Rosa, que esta última remataba en un Campo Santo y se llamó hasta hace poco la calle de las *Matadas*, que así ahora y antes debieron llamarse tristemente muchas, si no todas, las calles de Santiago, ciudad antigua de los cuchillos, como Toledo de España lo fué de las Espadas.

Despues de los padres Capachos, llamados así por su cogulla i el cesto de cuero en que, a ejemplo de su fundador, soldado de Granada, recojian sus limosnas, siguieron los franciscanos, que entregaron al público su callejon agrario (calle Angosta, hoi Serrano, que fué hombre ancho) y cuando edificaron a San Diego el Viejo, dieron otra salida a sus arreadores de ovejas y terneras, dádivas de devotos campesinos a su santo fundador. San Francisco ha sido el santo que ha comido en Chile mas cazuelas y corderos con su grei.

XXVII. Digno de perdurable recordacion es esta parte y aun de ser esculpida en las columnas que dan acceso y salida a la actual Alameda de Santiago, y forman sus verdaderos *Campos Eliseos*, fué el acuerdo que hace doscientos y cincuenta años tomó el ilustre Cabildo de Santiago, cuando con fecha de 19 de octubre de 1627, celebró

sea beber i cantar. En esto son mui fuertes; i por lo tanto, mui cobardes».

La *Covadonga* debia tener una compañera en su penosa tarea de transporte, correo i aviso. Esta fué la *Vencedora*, que arribó a las Chinchas el 9 de octubre, quejándose de las autoridades chilenas que le habian negado el carbon necesario para su máquina.

Entretanto, la fama de la *Covadonga* habia pasado de un mundo a otro i llegado a España. Isabel II resolvió hacer una distincion especial a los marinos de la goleta.

En la mañana del 7 de agosto de 1864, el ayudante de la mayoría jeneral, teniente de navío don José Navarro, estando formada en la cubierta la dotacion del buque, leyó una real órden en que Su Majestad la reina daba las gracias al comandante, oficiales, tripulacion i guarnicion de la *Covadonga* por las operaciones practicadas en la rada del Callao el 16 de abril del año mencionado.

El viernes 25 de noviembre de 1864, fué un dia infausto para los españoles, porque en él ocurrió el incendio de la fragata *Triunfo*.

Hé aquí como refiere la catástrofe el *Diario de la Covadonga*.

“A las cuatro i media hizo señal la *Triunfo* de fuego a bordo. Inmediatamente acudieron al bu-

ro, la actual hermosa avenida de su nombre a virtud del torbellino de las turbias avenidas del Mapocho. Y fué de esta suerte como la espantosa crece de 1783 llamada la Avenida Grande y que trocó la ciudad en mar, recobró momentáneamente su antiguo cauce disputado por los ranchos, y en seguida desde que el correjidor Zañartu fabricó el puente de *cal y canto*, que es de cal y piedra, atravesado a manera de taco, y edificó el Cármen de San Rafael para encerrar dentro de sus sombríos muros sus dos hijas llevadas en la cuna, aquel barrio que antes era bajío fué ciudad. Llamóse la *Cañadilla*, en tiempos mas recientes, calle de *Buenos Aires*, porque por allí penetró el ejército vencedor en Chacabuco, y por este mismo motivo de historia y de gratitud un intendente moderno dió a las calles que de la avenida arrancan hácia el poniente, el nombre de siete u ocho ilustres jefes de la independencia, agrupándolos en un solo catálogo, como agrupó los nombres de militares extranjeros en las avenidas del Campo de Marte, los de los jesuitas ilustres en torno de su iglesia, los de los sabios en un barrio que no será por esto Atenas y los de las mujeres heróicas de la historia y del poema en un centro que tampoco todavía se asemeja a Roma. Ni para que?—No llaman todavía en ese barrio los rotos la calle del ministro Root, calle del «ministro roto?»...

XXIX. En otro lugar llevamos narrado cómo la ciudad primitiva de don Pedro de Valdivia y de su fiel esposa (que él no lo fué) doña Marina de Gaeté quedó peligrosamente edificada entre dos rios; pero con la misma razon pudo decir poco mas tarde que habia sido ubicada entre dos claustros.

Casi la totalidad de la márjen sur de la Cañada en efecto, desde San Juan de Dios a San Borja, era propiedad de los frailes hospitalarios, de los franciscanos y de los jesuitas.—Y de igual manera en la ribera norte del Mapocho lo que no fué de las monjas del Cármen de San Rafael (la Cañadilla) lo fué de los frailes de las dos recoletas, exajeraciones del misticismo claustral de pasados siglos.

Llamábase aquella estensa y fértil llanura tierra de adobes, irrigada de antiguo, el llano de Santo Domingo y fué obsequio que al morir legó a los Dominicos la primera querida de don Pedro de Valdivia, esposa lejítima despues de Rodrigo de Quiroga, mujer de grandes ánimos y arrepen-tida. Y cuando el ascético padre Acuña de aquella órden trasladóse a España y a Roma, en la medianía del pasado siglo para fundar la recolección de su órden que hoi el fisco demuele junto al suntuosísimo templo, quedó de hecho abierta la Recolota en su ancha, fresca y amena avenida de 1,300 metros de largo y sus anexos.

Y esta es toda la historia, tomada en globo, de la tierra que los indios llamaron *Chimba*, que quiere decir «el otro lado del rio», por cuya razon tambien hai «Chimbas» en Ovalle y Copiapó y «huevos chimbos» en todo el reino.

XXX. En cuanto a la tercer ciudad que forma históricamente la capital de Chile y es la verdadera porque fué la que mandó delinear y repartir su fundador con un cordel en el otoño de 1541, consistia en un simple cuadrilátero de huertas y de pajizos ranchos edificados sobre el Mapocho y la Cañada por un costado y el Santa Lucía y la calle que se llamó mas tarde de La Ceniza por el otro, a cuyos lindes existió la primitiva parroquia sub-urbana de Santa Ana.

Nuestra peregrinacion de hoi, comenzada con la primera luz del alba, siguiendo el acompasado tranco de las cocineras que van al mercado, termina así por la tarde, hácia el ocaso donde acababan todas las cosas de la vida, incluso el sol... en las cenizas.

XXXI. Preciso es anticipar aquí, sin embargo, que el Mapocho, a fuer de temido por sus recios aluviones, fué siempre plebeyo y de aquí su calle de *Las Ramadas*, con este nombre conocida a causa de las enramadas que el movedizo pobrerio levantaba en el abierto pedregal de su cauce, y otro tanto decia del arrabal de las Capuchinas su

fundadora, la exaltada beata Briones conde edificó allí en 1717 el santo muro y ató a la mística viga su fatídica campana de la media noche, destinada a redimir los pecados de aquellas bárbaras tribus. Llamábase toda aquella faja del río, *Guan-gualí* y era un cacicado digno de su cruel soberana, doña Catalina de los Ríos, «cacica de Guan-gualí», que de allí sacaba sus esclavos para martarlos a azotes o asarlos vivos en hornos que para el caso tenía construidos, a su atroz sabor.

XXXII. El barrio de San Pablo, redimido un tanto por los jesuitas que allí edificaron un molino y una iglesia (temporal y eterno) iba a darse la mano a través de una estensa pampa que por sus dueños conocíase con el nombre de *el llanito de Portales* (hoi Yungai), con otra aldea de pecaminosos indios que años hace denominaban todavía *El galan de la burra*, frente a la Estación.

Eran aquellos arrabales y especialmente la Plaza de San Pablo los sitios en que evangélico pero un tanto strafalario apóstol Irarrázaval, hijo de un marqués con título de Castilla (el de la Pica), escojía para sus prédicas de cuaresma, cuando hace ya medio siglo, alzado sobre rústico púlpito y rodeado de sollozos reprimidos y de eruptos que no lo eran, sacaba de debajo de las sotanas un enorme crucifijo, y mostrándolo a la llorosa muchedumbre, le decia, aumentando con su ademán

la gritería y el llanto:—*Este es el verdadero Dios de los arrepentidos; este es el Tata de los Costinos; con este no hai tutia ni mi tia;*... Y despues, en el sermón de la siguiente noche de confesion y penitencia, para consolar y atraer los lobos al redil, tamboreando con los dedos en la tosca baranda de la cátedra, a guisa de evangelio, el hijo del de la *Pica* talareaba:

«En el Alto del Puerto
Cantó Marica
Cada cual se rasca
Donde le *pica*.....»

Lo del *Tata de los Costinos* venia a lo último como la peroracion de la desaliñada, pero eficaz prédica popular.

XXXIII. No corrió suerte semejante la calle de la ciudad paralela a la de San Pablo, porque desde que a fines del pasado siglo abrióse el camino de las cuevas de O'Higgins y el comercio comenzó a penetrar en la ciudad por esas derezeras, la jente de fuste y de caudal vino a acercarse en la calle de Santo Domingo, especialmente entre las del Puente y la Ceniza. La casa de correos se hallaba en consecuencia establecida en la esquina de la de *Los Teatinos*, y los almacenes por mayor a la una y a la otra acera. Antes de esa época, la entrada y salida de la ciudad pa-

ra la mar, estuvo ubicada, desde la conquista, en la Cañada, saliendo los caminantes hacia el sudoeste por el callejon de Padura, vía Melipilla y Casablanca. La *Aduana* era el Palacio de los Tribunales y el *Consulado de Comercio*, la Biblioteca.

Tuvo y tiene todavía la calle de Santo Domingo mala fama entre las hacendosas damas que la habitan, por ser muy «hormiguenta», y segun ellas, proviene esto de haber sido terraplenada su planta con basuras.

¿Pero no seria que los almacenes de azúcar de Lima que allí hubo en abundancia dejaron aquellos herederos al almibar?

XXXIV. En cambio de esos microscópicos insectos, remedio santiaguino para el flato (que es tambien mal del Mapocho y de sus aguas) tuvo la calle de Santo Domingo en sus comienzos por el oriente una particularidad grandiosa,—su palma secular que la embellece y domina todavía como el esbelto campanario de altísimo templo.

Tenemos para nosotros que ese tipo magnífico es indígena, es decir, anterior a la conquista, porque todas las jeneraciones lo han conocido tal cual hoy se halla, así como el soberbio peumo de la calle de la Maestranza, que de seguro es anterior no solo a la época castellana sino a la edad incásica que la precedió por mas de un siglo.

Ademas de su venerable aspecto, al cual viene de molde su altivo nombre botánico (*jubea spec-*

tabitis), bastaría comparar su estatura actual con la de las palmas de los claustros de la ciudad, enanas todavía despues de varios siglos, y no obstante de hallarse plantadas en tierra bendecida. Por lo ménos, en una deliciosa acuarela del coronel Wood que tenemos a la vista y que data desde 1831 (mas de medio siglo) las palmas del claustro de la Merced tenían entónces, mas o ménos, la misma talla que hoi dia. Las palmas reales, estos elefantes del reino vegetal, crecen un milímetro por año y una pulgada en cada siglo.

XXXV. De la calle de las Monjitas hemos hablado en otras ocasiones para probar que la mayor parte de los presidentes de Chile hasta el penúltimo habían nacido en ella, siendo que el actual vino tambien al mundo en calle de monjas (las Capuchinas); y así, por no alargar el cansancio de esta corrida, nos referimos al alboroto magno que en la mitad del siglo XVII hizo nacer de las Monjas Claras, es decir, de las monjas grandes «las monjitas», así como de éstas, cuando se mudaron al *llanito de Portales*, donde hoi se hallan, salieron las de la «Victoria», cumpliendo de esta suerte las clarisas de Chile el destino de su andariega fundadora, porque establecidas aquellas en Osorno marcharon de allí a Carelmapu, de Carelmapu a Chiloé, de Chiloé a San Francisco del Monte, de San Francisco del Monte a la Cañada, de la Cañada a la casa y manzana del

millonario Alonso Lantadilla, en la esquina de la plaza donde «las monjitas» tuvieron su iglesia, y de la esquina de la plaza, a la calle de las Agustinas, donde el arzobispo Vicuña compró en 1834 tres manzanas a real la vara, las mismas que hoy las buenas monjas venden sin usura a razón de ciento por uno, que es eso lo que la tierra ha crecido en Santiago durante medio siglo.

XXXVI. Los padres de la Merced fueron dueños, como las monjas de la Victoria, de los solares de tres manzanas, hasta el pié del Santa Lucía, y los agustinos, mas afortunados todavía, tuvieron dentro de sus claustros potreros límites un molino. La calle paralela llamada del Chirimoyo debió su oloroso nombre a una mata de aquel árbol que dentro del claustro de las Claras y junto al Santa Lucía vivió allí abrigada muchos años contra el hielo y el nocturno *terral*, y de tal manera que si no cuajaba frutos, embalsamaba al transeunte con el aroma de sus flores, estas violetas arbóreas.

Posteriormente esa calle ha perdido su simpático y oloroso nombre y tomado el de la Moneda, que está en su línea.—Siempre la historia «de el pez grande y del pez chico!»

La última de aquellas *calles principales*, que despues de la de Agustinas y la de Moneda, es la mas larga de la ciudad en el rumbo del sol, es la de Huérfanos (3,220 metros, o sea 40 me-

nos que las anteriores) y ésta, como calle de *huachos*, que en indio quiere decir «anónimo», es la que ha tenido mas nombres, porque en un tiempo denomináronla la del *Oidor* (por algun togado que en ella vivió) y mas tarde, cuando don Juan Nicalas de Aguirre, caballero canario, edificó la pajiza casa de Huérfanos que le valió el título de marqués de Montepío, pusieronle la denominacion que hoi tiene. Pero vino otro marqués (el de Casa Real) y edificó en la casa que ha vuelto a ser Moneda de papel (la Caja Hipotecaria); y entónces bautizáronla con el nombre de *Calle de la Moneda*, hasta que, quitada ésta a su turno, recobró su antiguo título. Y como el nombre de esta vía ha sido cambiado por sus usos y segun los tiempos ¿valdria acaso la pena de ponerle hoi dia el nombre de los Cachinales o dejarle la de los Huérfanos por los que allí el ájio diariamente deja? Al ménos a muchos de los descendientes de sus opulentos fundadores, como los marqueses de Montepío, se les ha acabado el monte quedandoles solo...el *pio*..

Como la calle de los Huérfanos, la de la Nevería, que es solo una cuadra, ha tenido tambien no ménos de cinco nombres, la calle del *Bachiller*, la de la *Pescadería*, la de la *Nevería*, la de *21 de Mayo*, y ha solido tambien llamarse de la *Caridad*, por el campo santo de ajusticiados que a su estremidad edificó hace doscientos años un caritativo caballero llamado Salas.

XXXVII. Méenos vulgar si bien mas suscinta reseña que la de aquellas larguísimas sendas de oriente a ocaso ofrecen al peregrino las modestas y repudiadas *calles atravesadas* de la ciudad que un tiempo se ennoblecieron hasta llamarse (una de ellas por lo méenos) «del Rei.» Y sin embargo, decir hoi dia que alguien vive en «calle atravesada» es como decir en calle de «medio pelo.»—Las calles de «pelo entero» son solo las que con el curso del agua van de la cordillera al mar.

XXXVIII. Comenzando en efecto a descender desde el *Alto del Puerto*, que era un empinado y áspero creston de basalto, demolido a pólvora en el primer año de este siglo, verdadera cuesta de la ciudad (los españoles llaman *puertos* a las cuestas, y de aquí todavía nuestros *portezuelos*) encontrábase la calle que se llamó de Breton, por un mercader francés de este apellido, natural de San Maló en Bretaña, que allí era su casa, la cual hállabase casi a la entrada (núm, 9), y en ella el francés puso un café con *trucos* (billares) y otras importaciones de París. Don Santiago Breton dejó cuatro hijos que vivieron largos años con sus caras de trucos y se llamaron:—don Manuel y doña Manuela, don Reinaldo y don Santiago, todos solteros.

Servia esta calle, que nosotros conocimos todavía callejon, de angosto Camino de Cintura.

al Santa Lucia, y medio a medio de ella hallábase hasta hace 40 años, es decir, hasta la época de los últimos Bretones, el enorme peñasco rodado de la cumbre en el terremoto de 1647, y que según el padre Rosales, ni toda la ciudad junta pudo mover de su sitio.

De allí hacía el poniente seguía el potrero de los padres mercenarios, quienes solo en el reino de los pipiols (1830) dieron paso a los transeuntes, abriendo la calle que se llamó por esta causa *Nueva de la Merced*. En cuanto al retazo que antes de esa época quedaba abierto hacía el río (unas dos cuadras) fué conocido por el nombre de *calle de los perros*; y ¡Jesucristo! que el apodo era harto merecido. Hoy, como en desquite le han puesto desde que se acabaron los mataperros a lazo y a garrote de nuestra batalladora niñez, el poético y vengador rótulo de «*Miraflores*» en planchas rojas como la sangre y como la gloria.

La calle de las Claras comenzaba en su Iglesia, y fué por allí por donde las monjas alzadas contra el provincial Cordero, corrieron despavoridas «con las túnicas en cinta», dicen las crónicas de aquel tiempo, para ir a refugiarse en las Monjitas. La carrera no fué larga.

XXXIX. Como la calle de las Claras tenía su punto de arranque en una iglesia de la Cañada, la de San Antonio túvolo en un altar, el altar de San Antonio que desde la nave meridional de

San Francisco está mirando recta hácia el rio, de cuyas avenidas era aquel santo, patron. Ese altar, sino milagroso, fronterizo, debió su ubicacion y su nombre a otro Antonio, el gran caballero don Antonio de Contreras, contemporáneo de la Quintrala, que dejó tres hijas de harto mejor índole que aquella harpía, y al pié de su altar hállase sepultado.

Falleció el fundador de la calle de San Antonio en 1656, esto es, nueve años ántes que doña Catalina de los Rios, y en los primitivos tiempos de la conquista debió vivir en ella o en la próxima de las Claras el gran capitan de guerra y cuarto presidente de Chile, don Rodrigo de Quiroga, porque refiriéndose a cierto sitio en ella ubicado, el libro-becerro dice:—«en la calle que va de las casas de don Rodrigo de Quiroga hácia nuestra señora del Socorro», que así se llamaron primitivamente San Francisco, como templo, y San Juan de Dios como hospital.

II. La calle del Estado fué la *del Rei* porque por ella hacian su entrada y su salida los presidentes, y en sus dos aceras vivian, no los ricos mercaderes de la calle de Santo Domingo, sino los hijos de los conquistadores que por lo mismo, empobrecieron. Los Alvarez de Toledo en la entrada de la plaza, los Lisperguer en su medianía, los Toro Mazote a su salida.

Como hija de Lisperguer hembra (que fueron

estas últimas tres hermanas perversas y malditas), doña Catalina de los Rios habitó en esa medianía, frente al costado de San Agustín, y (¡digno castigo de su vida atroz!), aquella cuadra atravesada a la iglesia llamóse hasta hace poco *calle de la muerte*, por el aleve asesinato que allí infligió con un garrote a su infeliz amante don Enrique Enriquez de Guzman. Fué tambien en esa cuadra fatídica, en donde, metido en dos antiquísimas cocheras en que se vendia cal de Polpaico, estuvo Justo Pastor Peña acechando al diputado don Manuel Cifuentes durante varias noches en el invierno de 1846 para asesinarlo en el tránsito del Congreso (que entónces reuníanse en la Universidad, hoi Teatro Municipal) hácia su casa en la calle de Agustinas, cerca de la de Morandé.

Una de aquellas cocheras fué de la Quintrala y por herencia pasó a serlo del tétrico Señor de Mayo. Perteneció la otra (que se hallaban juntas) al ilustre prócer don Andres de Rojas, fundador del mayorazgo de Polpaico y padre del fundador de la Independencia don José Antonio Rojas.

La calle de la Muerte llevaba bien puesto su nombre popular, porque dos cuadras escasas mas abajo, Peña mató al fin a Cifuentes.

III. La calle paralela, que no es calle *Ahumada* sino de Ahumada, es la mas ancha de la ciudad antigua, no trae su oríjen del humo sino, al

contrario, de los grandes señores que habitaron la casa que es hoy de la familia Matte, y se llamaron, de padre a hijo, don Valeriano de Ahumada, alcalde de Santiago, cuando el temblor del Señor de Mayo, y don Gaspar de Ahumada, su hijo, que trajo a mula desde Sucre las monjas carmelitas de la Cañada arriba. Debiera por consiguiente llamarse aquella, *calle de los Ahumadas*, por un tercer Ahumada, don José Valeriano, que fué rector de la Universidad. Pero un médico yankee que habitó hace quince años el hotel Oddo prefirió apellidarla *Alumada* y a la Alameda *Alumeda* (1).

Por lo demás, no es preciso decir que de los dos primeros y opulentísimos Ahumadas, dueños de todo el valle de Choapa, que corre de mar a cordillera y vale hoy algunos millones, no ha quedado ni siquiera el humo...

Cosa triste pero enseñadora! Con dos o tres excepciones, no conocemos una sola casa de Santiago, solariega o plebeya, que haya pasado de una jeneracion a otra jeneracion a título de heredad directa, por mayor espacio de tiempo que el de un siglo, es decir, la vida de tres jeneraciones.

(1) Nunca hemos podido explicarnos satisfactoriamente la mayor anchura de esta calle (cerca de 30 centímetros), a menos que por ella atravesaba el camino del Inca.--Cuando desempeñábamos la intendencia de Santiago (1872-75) hicimosla medir, junto con la del Estado, y dió aquella en la *huincha* 10 metros, 80 centímetros y la última solo 10.57, esto es, una diferencia de 29 centímetros.

En cambio, cada mansion santiagueña ha soportado tres siglos de capellanías y otros tantos de alcabalas y de hipotecas. ¿Por qué entónces afirman los filósofos que para medir la insondable nada de la humanidad en tránsito a la nada, es forzoso ir a estudiar ese arcano en los cementerios? Acaso las ciudades, que son solo cementerios de vivos, no lo están pregonando en cada una de sus portadas?— «Aquí vivió fulano»... «Esta casa fué de los sutanos!»... «Este fué el sitio solariego de los menganos»... y así de todos los demas que fueron orgullosos dueños y hoi son huesos, o polvo de los huesos....

ILII. La calle de la Bandera llamóse hasta la edad de la Independencia, esto es, hasta la edad de las banderas y de los emblemas nacionales, *calle atravesada de la Compañía*, y era sobre angosta, tristísima, porque los enormes estribos del templo jesuítico, edificado despues de un terremoto, ocupaban por cautela casi un tercio de su espacio en su parte setentrional, al paso que la blanca, aplastada, fatídica muralla del doble claustro de las monjas de la limpia Concepcion (Agustinas) comenzaba en la esquina de la calle de este nombre, donde yacía su cementerio, y tapando calles iba a terminar en la Alameda.

Lo único que alegraba aquel recinto casi de extramuros era la fonda popular que, por la calidad de los sombreros de sus asistentes, se deno-

minó de la *Chupalla*, y consistía en una especie de cueva de Montesinos situada frente al cementerio de las monjas, hoyo que rellenó y edificó allá por los años de 1844 el buen vecino y excelente caballero don Manuel Antonio Briceño y que trasformado otra vez por otro dueño lleva hoy el número 57.

Eran a la verdad aquellas, «calles atravesadas» de tan poca monta (escepto en el subir de las rampas de sus acequias) que la ciudad parecía, contemplándola desde las aceras en esa dirección, un terremoto. Y no obstante sus pomposos nombres, sus casas de mojinete no alcanzaban sino limitadísima valía arquitectónica. En una de éstas, que fué casa de los Infantes, en la *calle del Rei*, un capataz de mulas en cierta noche de 1840 casi echó la puerta de calle abajo, pidiendo alojamiento para su recua, porque parecióle al pasar, con su tropa y su cencerro, que era posada de mulas.... Y aquella casa solariega pertenecía al rango de los edificios que nuestros mayores llamaban «palacios», como que estaba en la *calle del Rei*, y nada ménos....»

Solo cuando 30 años hace (1853-55) vendieron las monjas su osario, y sobre las reliquias de cien gordas abadesas y de mil tímidas vírjenes consagradas al Señor, como las de Colonia, edificaron sus casas los señores Ortúzar i Tocornal (que en treinta años han tenido tres herederos y tres alcabalas sucesivas), puso cara risueña aquel

fúnebre barrio, que debió su alegre nombre a una bandera que el entusiasta patriota don Pedro Chacon Morales acostumbraba enarbolar a la puerta de su almacén, a la noticia de cada victoria de la República alcanzada en el suelo patrio en el suelo extranjero, desde Maipo a Ayacucho.

ILIII. Tuvo por nombre la vía que sigue hácia el poniente el de *calle de la botica de los jesuitas*, cuyo establecimiento, *único* en la redondez de la ciudad y del reino, hallábase rejentado por legos alemanes, y estaba situado en el preciso sitio que hoy ocupa el peristilo del Senado. Como negocio *único*, vendíanse allí las mas estrafalarias drogas y por los mas estrafalorios precios, habiendo visto nosotros en los papeles de la testamentaría del riquísimo obispo Riveros, natural de Arequipa, la cuenta de la última *ayuda* que le pusieron (que no fué ciertamente «ayuda de vecino»), y por la cual sus albaceas pagaron siete pesos de oro... Verdad es que tales cosas se hacian solo «por la muerte de un obispo»...

Cambió mas tarde el vulgo, que no reconoce la tiranía de las planchas de fierro ni los decretos de los ediles, el apellido de esta calle en el de Morandé, porque tres hijos del caballero francés de este nombre, don Francisco *Briand de la Morandais*, que vino a Chile y se casó en Concepción en 1715, edificaron sus casas en tres esquinas de ella. La de la esquina del Chirimoyo, que

hoi es casa de la familia Lazcano; la de la esquina de Huérfanos que hoi es Caja Hipotecaria y la de la esquina de la Compañía que se dice va a ser teatro. De suerte que teniendo tantas esquinas y no teniendo teatro ni para remedio en la calle de la botica, los hijos de los tres primeros Morandé bien pudieron entretenerse en aquellos solitarios parajes jugando al:—«¿Hai huevos?»— «A otra esquina por *hei...*»

Agregaremos que despues de la botica de los jesuitas y aun cuando al tiempo de su espulsion (1767) quedó ésta abierta por órden espresa del rei, trajeron a Santiago un cajon de drogas dos mercaderes españoles llamados don Juan García Catalan y don Agustin Pica (suegro y yerno), y de aquella primera farmacia libre vino la «chicha de García Pica», que segun Grajales era el mejor remedio de este pais de lagares, cuyo suelo habia sido clasificado dos siglos ántes por un francés, *insigne herbolario*, a causa de la variedad infinita de sus yerbas medicinales, con el título de la «botica de Dios».

ILIV. Sigue en pos, y acercándonos ya al banco del descanso, despues de prolongada caminata, la calle de *Los Teatinos* que así llamaban por apodo a los jesuitas; y como éstos fueron todo prevision, todo sagacidad y todo ganancia, tenian en el terreno que hoi ocupa la Moneda una especie de sucursal de su claustro con las vacas para

la leche, las bateas para el lavado, el fondo de cobre de Coquimbo para el sebo de las velas, la paila para el jabon, el cedazo para la harina, el horno para el pan, el alambique para la resaca, fruta en los árboles para el postre de peras y huesillos, y un ancho espacio libre, al cual sus alumnos del consistorio de San Francisco Xavier (hoi Palacio de los Tribunales) iban a gastar sus asuetos de los juéves jugando al trompo y a los trompones...

Y como a la parte del ocaso de aquella arboleda de recreo quedara a los inteligentes padres una pared desnuda y sin réditos, arrimaron a ella por el lado de adentro, pero con puerta a la calle, una cuartería, primer conventillo de esta ciudad de conventos, destinada a arrendarla a menestrales y menestralas por módico precio. Y como diesen en el pueblo a aquellos aposentos el nombre de *cuartos teatinos*, la plata se quedó dentro de la casa, tras del muro, pero el nombre salió a la calle y se quedó petrificado en ella.

ILV. Dijimos ántes que la ciudad antigua, cuyas asfaltadas aceras hemos recorrido apoyados en nuestro báculo de peregrinos, terminaba, como la vida, en las cenizas de la calle de las Cenizas; y allí en efecto comenzaba el campo a través de inmundos arrabales.

Por esos años, la industria casi única de la ciudad era, en efecto, la fabricacion de velas de sebo

y de toscó jabón de lavar, y como sucediera que los principales establecimientos de ese género se hubiesen agrupado en esas vecindades, los descuidados peones, habitantes de aquel solitario cuartel, arrojaban sus residuos a las aceras de la vía más antigua, y de aquí el prosaico nombre que a esa calle le ha quedado. Y esta es toda la crónica urbana de la postrera calle de la ciudad secular hacia el ocaso.

Todo lo demás es moderno, y por consiguiente, carece de historia.

Pero hace ya cerca de un siglo aconteció en ella extraño lance que revistiera su opaco nombre con vislumbres de siniestro heroísmo, y el cual, como para indemnizar al lector del cansancio de larga y monótona escursión, vamos a contar sucintamente a la postre de la fatiga y del sudor.

ILVI. Existía, allá por los años de 1780, un famoso caudillo de bandoleros cuyo nombre verdadero queremos por ahora mantener en el misterio, pero cuyas proezas de caballeresco saltador corrían en boca del pueblo desde el Pan de Azúcar de Colina hasta los cerrillos de Teno, a manera de fantástica leyenda. Era aquel personaje un verdadero bandido en el sentido italiano de la palabra (proscrito por *bando*); pero no era un asesino, y mucho menos un cobarde, porque

fué el Luigi Vampa del Agro Romano en nuestro Agro central.

En el reino, a lo largo y a lo ancho, en la ciudad y en la aldea, en el camino real o en el polvoroso callejon de las chácaras sub-urbanas de Talca o de Santiago, todos le temian, pero nadie se atrevia a perseguirle, ni siquiera a husmear la huella de sus errantes pasos entre el Aconcagua y el Maule. Los criminales modernos que se han llamado Pancho Falcato, Ciriaco Contreras, Gaspar Matus, Felipe Monterriva, no habrian parecido sino simples ladrones de caballos en presencia de aquel campeon de mil escenas de osadía, de amores y de rapiñas.

Una de sus empresas mas usuales era entrarse de noche a la capital, en pos de sus afortunadas correrías, para repartir su botin en la almohada con sus damas, o en la carpeta con sus cómplices.

Y aconteció que uno de los últimos, por desquite o por venganza, denuncióle cierto dia al enérgico correjidor don Luis de Zañartu, revelándole que en la noche de la delacion iba el jefe de bandas a dormir en casa de una de sus favoritas, situada en la calle de las Cenizas, que de remotos tiempos ha sido nido de no mui limpios amores...

ILVI. En consecuencia, la casa y la manzana, que nunca fué de María Cenicienta, sino de las Dalilas del Mapocho, amaneció una mañana rodeada por la compañía de Dragones del Rei que

mandaba el jóven conde de la Marquina, cuya tropa era, a la vez, toda la policia, todo el ejército de Santiago, y a mas la escolta de honor de los presidentes. Los dragones esperaban bala en boca la amanecida para asaltar el blando albergue del bandido.

Mas, a diferencia del confiado Sanson, no acostumbraba el último dormir sino con un ojo y un oido, y apercebido en aquella alborada del ruido de los caballos en la calle, ensilló el soberbio suyo, saltó de un brinco sobre su brioso lomo, cibióse su afilado sable a la cintura, y desenvainándole hizo que su dama abriese de improviso y de par en par la estrecha puerta.... Y en seguida lanzando al aire, a guisa de reto, espantoso alarido de combate echó a correr blandiendo su arma con toda la pujanza de su fogosa bestia por la calle de las Cenizas hácia la Cañada, cubriendo así su fuga con el blanquecino polvo que levantaba su carrera y con su ágil sable.

Siguiéronle en tropel los dragones disparando sobre él sus carabinas. Pero en largo trecho no le dieron alcance, hasta que se les perdió de vista por el camino de Valparaiso, que entónces tenia su arranque hácia el sud por la senda de San Miguel y de Padura. Una sola bala le habia herido en el cuadril del muslo, lo que no fué obstáculo a que se salvara prosiguiendo hasta sus madrigueras su vertijinosa carrera.

Circuló aquella mañana por la ciudad alarmada

la noticia de la valiente y casi milagrosa escapada de la calle de las Cenizas, y desde ese día por una trasposición natural de nombres, el vulgo comenzó a denominar al atrevido bandolero que la ejecutara con el sobrenombre de «el Cenizo». Y este fué el que le quedó durante el resto de su vida en los anales del crimen y de las aventuras....

ILVIII. ...Cuarenta años después de la hazaña de «el Cenizo», que en una calle pública de la capital puso en derrota con su caballo, con su sable y con su arrojo una compañía de Dragones provista de armas de fuego, descendía la cuesta de Prado un rico comerciante de Valparaíso conduciendo desde la capital una gruesa suma de dinero a lomos de mulas, que estas eran las únicas libranzas usadas en aquel tiempo para el cambio de valores que hoy se operan a cada minuto en una tira de papel o por medio de una chispa eléctrica entre el puerto y la ciudad.

—En aquellos años era casi una calamidad tener plata, porque o era preciso enterrarla, o asolearla en cueros o llevarla consigo en cajones de madera retovados en pellejos de chivato (y de aquí el decir *chivateado* por el dinero que se entrega de contado), custodiándola con azorada escolta en los caminos.

Y en aquella ocasión aconteció al viajero men-

cionado y deudo del que esto escribe (1), que una de sus robustas mulas rindióse al peso del metal y echóse al suelo en el mas alto caracol de la empinada cuesta.

ILIX. En tan apurada coyuntura aparecióse al perturbado dueño del tesoro un anciano que caminaba a pié sostenido en un baston, que le ayudaba a disimular visible cojera del cuadril de un muslo. Vestia un largo paletó de bayeta del pais, y llevaba para completar su traje cívico, estraño en un caminante, sombrero alto de felpa negro que daba relieve y acentuacion entre grave y siniestra a la rugosa blancura de su tez y a su barba de hermitaño.

Acercóse en ese talanté el aparecido al inquieto caminante, y preguntóle por su ruta y por su cuita.

Referida esta, no sin sobresalto, quedóse el viejo un instante pensativo, y como en ese preciso instante se divisase el polvo de una recua, que ascendia el cerrito por la opuesta falda, i se sintiera el lejano ruido del cencerro de una madrina conductora, apartóse el estraño viajero pedestre a un lado del camino y haciendo cierta seña al capataz de la tropa que pasaba, apeóse el último de su mula entre tímido y respetuoso.

(1) Don José Luis de Aycinena, hermano materno de nuestro padre.

Hablóle al oído el viejo peregrino una o dos palabras, y volviendo el capataz a su montura desenganchó su lazo, y arrojólo al cuello del mas fornido macho de su piara, y tomándolo por el cabestro el aparecido dijo al dueño de la plata y de la mula deslomada:

—Aquí tiene Ud., señor, su muda, y ahora continúe Ud. sin temor su camino.

—Pero quién sois? replicóle el favorecido.

—Soi el «Cenizo» díjole simplemente el anciano, plegando sus lábios con melancólica sonrisa y echándose cerro abajo por uno de los muchos *desechos* de la cuesta desapareció para no volver a su vista.

L. La calle de las Cenizas, último límite de la antigua ciudad de don Pedro de Valdivia por el lado del horizonte en que se pone el sol, aunque oscura, polvorosa y siniestra hasta ayer (acaso hasta hoy...) tuvo segun se ha visto su leyenda propia, a si hubiéramos de levantar las baldosas que i cada una de sus 276 calles, corresponde, con su doce mil casas, sus diez plazas, que ántes eran basurales, con sus ocho plazuelas que ántes fueron cementerios conventuales, con sus ochenta y seis iglesias, con sus 195,000 habitantes esparcidos y agrupados en su inmensa área, que mide poniendo sus mansiones en hileras, 55 leguas longitudinales, esas leyendas del pasado y del presente encontraríanse en inagota-

ble número desde que el capitán don Pedro de Miranda, compañero y súbdito del fundador de la ciudad, mató por celos y a puñaladas a toda su familia (siete personas) hasta el capitán de Yungay don Joaquín Carvacho que apuñaleó por odio en la plaza a su mujer; desde el terrible duelo de los Mariños y Melgarejo en un aposento de altos de la calle de Huérfanos al misterioso asesinato del caballero Sotomayor en la puerta de la capilla del capitán Sagredo; desde la puñalada catalana de la calle de las Claras, al principiarse el siglo, a la puñalada mendocina, mas alevosa que aquella, de la calle San Antonio en la mitad del presente.

LI. Pero las leyendas de los hogares y de los monasterios de Santiago son tema e itinerario en todo diverso del puramente denominativo que hemos venido siguiendo a lo largo de sus calles, y por eso, esperando mas apropiada ocasion, invitamos al comedido lector o lectora que hasta aquí nos haya cortesmente seguido a descansar a la sombra de nuestros árboles despues de la ruda peregrinacion que le hemos hecho emprender «al traves de las calles de Santiago.»

Santiago, Noviembre de 1884.

